

CUENTO N° 79

TITULO: PRIMERA LINEA

SEUDÓNIMO: MARINO OBILINOVIC

AUTOR: OSCAR SERGIO FERTILIO TRINCADO

Se conocieron trabajando en una clínica. La Rosy era auxiliar de enfermería de la UTI y Manuel, camillero de ambulancia. Fue una de esos días en que la epidemia estaba en auge. Él llegó directo a la UTI con un enfermo grave en la camilla y ahí la vio. Bueno, en realidad decir que la vio sería mentir ya que ella vestida como astronauta, con mascarilla, traje de plástico hasta el suelo era imposible de ver. Sólo se vieron sus ojos negros y le escuchó un tímido “gracias”. Lo que en realidad se vieron y sintieron fue el alma, diría un poeta. En las semanas siguientes los esfuerzos de Manuel por llevar enfermos graves a la UTI no siempre le resultaron. Una de las pocas veces que lo logró le preguntó tímidamente cuando salía del turno y sugirió encontrarse en la salida. La respuesta, fue poco clara por la mascarilla y el protocolo, pero los ojos de Rosy asintieron con un brillo especial. Los encuentros fueron fugaces, puesto que el bus de traslado del personal siempre la esperaba, y las instrucciones aconsejaban alejamiento. Al poco tiempo, estas citas se fueron haciendo insuficientes para calmar la pasión que crecía. Un día, consiguió que un amigo taxista los pasara a buscar y la invitó a una cerveza. Ese fue el momento clave que culminó con que un mes después Manuel y Rosy se fueran a vivir juntos. Total “estamos vacunados” y un “si no es con todo, entonces para qué” fueron los argumentos más sólidos para iniciar una vida juntos.

Sin embargo, el sistema, el reglamento de la clínica impedía contratar a parejas con una relación sentimental, tal vez previendo posibles colusiones que irían en desmedro de los intereses económicos de la institución, (cuyo celo, evidentemente, no estaba puesto donde debería).

En un acto heroico y consensuado Manuel renunció y se consiguió trabajo como nochero en un condominio del barrio alto. Éste quedaba lejos de la pieza que arrendaban, por lo que Manuel llegaba cerca de las nueve y media de la mañana, después de dos horas de viaje a la casa, cuando la Rosy ya estaba en la clínica. Vaciaba de su mochila la lonchera que había llevado al trabajo, una ducha corta y se acostaba a reponer fuerzas. Siempre se acostaba a la derecha de la cama, pero invariablemente, casi en forma inconsciente, rodaba hacia la izquierda y así se impregnaba de los aromas de la Rosy y del calorcito que ella dejaba impreso en las sábanas. En la tarde, algo repuesto, hacía algún encargo que la Rosy le dejaba en la panera, generalmente algunas compras. Ella llegaba como a las siete de la tarde. Agotada, y después de desinfectarse, alcanzaba a prepararle la lonchera para la noche siguiente y apenas Manuel se iba, se acostaba a descansar en “su lado”, pero invariablemente rodaba hacia la derecha donde quedaba el perfume y el calorcito de Manuel esperando así estimular sus sentidos para que en el sueño se concretara una comunión sentimental.

Los escasos momentos de convivencia que les permitían los fines de semana en que no coincidían los turnos, los invertían en planes futuros y consolidar rápidamente sus pasiones.

Un día la Rosy al llegar se quejó de dolores musculares y de cabeza. Conocedora de los síntomas de la pandemia sugirió ir a urgencia para descartar un contagio. Manuel, que en ese momento tomaba su café antes de partir al trabajo, la miró mientras ella se cambiaba ropa saliendo de la ducha y de un salto la abrazó como nunca, le dio un largo y ardiente beso, mientras en silencio, rogaba contagiarse.

Sus deseos se cumplieron y los catorce días que debieron pasar en una residencia sanitaria, se convirtieron en la postergada y ansiada luna de miel de los “primera línea”.